La magia de haberme encontrado.

Yudith Vilas



Capítulo 1

A todas aquellos que buscan
un respiro de felicidad
y amor propio.

Agradezco infinitamente a Dios por ayudarme a realizar este sueño, en consiguiente a todas las personas que dejaron un granito de arena en esta obra.

Capítulo 2

No entendía lo que era el amor,

pero cuando lo conocí volví a la vida.
¿Quieres ser feliz?

Ama a Dios,

y descubrirás tu propósito de vida;

ama a los demás, ama la vida, tus metas, tus sueños

y aún las mínimas acciones de tú vida e intenciones de tú corazón.

ENTONCES SERÁS FELIZ…

Capítulo 3

CAPITULO I

El miedo invade mis venas, el lóbrego callejón apenas se puede observar y a una larga distancia ese brillito del alumbrado público me doblega mirar en frente; por consiguiente camino rápidamente porque escucho unos pasos como tacones al chocar con un charco. Siento el aire resonar con más fuerza, en efecto mueve tanto mi cabello y me está haciendo retroceder.

De pronto me detengo y ya no escucho los pasos, quedo congelada al oír los susurros de alguien tan cerca de mí, tiemblo al observar unas tenebrosas sombras hacerme muecas. Empiezo a correr para llegar a ese punto de luz en lo lejano, mi corazón quiere salirse por la boca y mi cuerpo recorre un calambre desde la cabeza hasta la punta de mis pies.

Llegué al final del callejón; estoy cansada, los músculos de las piernas quieren colapsar. También sigo sintiendo los nervios recorrer mis células, percibo que mis manos están muy calientes y mi cabeza quiere explotar; me giro lentamente. Inspecciono detenidamente la calle, está muy vacía y oscura. No soy capaz de comprender a cabalidad lo que está sucediendo, corro nuevamente hasta llegar a casa. Empiezo a dar vueltas como preocupada, miro de un lado a otro para ver qué me asustará de nuevo. Siento escalofríos recorrer mi cuerpo y mi mente se paraliza por un momento. Miro fijamente al espejo y me acerco, hay sombras tras mí y de inmediato me regreso; es como solo estuviera en mi imaginación y esas sombras desaparecen.

Me quedo pensando sentada sobre mi cama y al mismo tiempo escucho una voz que me hace temblar al pronunciar mi nombre.

—Kathleen —inhale y exhale muchas veces. La voz provenía detrás de la puerta, lentamente estoy procediendo a abrir—.Ok, no hay nadie.
—Objeté después de inspeccionar.

Siento la mano de alguien en la espalda y la otra en el hombro; es como si alguien me estuviera acariciando. Puedo ver su mano al mirar de reojo; Sin embargo, dudo regresar para ver su cara, también tengo conocimiento que no he visto a alguien con manos así: con muchos bellos, uñas largas y arrugadas. Luego, lo siento detenerse y empujarme con tal fuerza que llego a chocar contra el cristal de la ventana; así como choca un balón de fútbol con el arco.

—Abre la ventana —me ordenó con una voz de temblor, su voz resonó con tal gravedad que le obedezco—.Ahora tírate, hazlo. —Me grita con más

intensidad.

Empiezo a llorar porque tengo fobia, el aire intenta entrar en por mis poros. Miro la distancia que existe para llegar al pedimento, estoy en el octavo piso de la casa; pero soy consciente que mi casa solo tiene cuatro pisos.

—Hazlo.

—Me ordena una última vez incitando dejar caer mi cuerpo al precipicio.

Capítulo 4

CAPITULO IV

—Sí —contesté muy nerviosa y sonrojada.
No obtuve palabra alguna de parte él, pero pude ver la felicidad de su interior impregnada en su rostro. Muchas veces deseé que me hubiese mirado así, pero siempre ignoró la vez que me acercaba a saludarlo.

—.Me tengo que ir. —Expliqué mientras besaba su mejilla y después de quedarme un tanto pensativa.

Se quedó observándome por un buen momento, pude verlo de reojo mientras seguía caminando.

Este es el prestigioso colegio donde estudio. Todos los días tenía que subir estas escaleras hasta llegar a mi aula en el cuarto piso y en varias ocasiones me regresado de aquí (del portón). No sé cómo ser la misma de antes... me estoy dedicando a destruir mis sueños, estoy caminando al contrario, estoy bajando las escaleras en vez de subir para transformarme en lo que quiero ser. Sinceramente durante este último año he llegado tarde la mayoría de veces, como por ejemplo hoy que me encuentro desesperada, esperando que la docente abra la puerta.

—No sé qué hace aquí, ya sabe las reglas —dijo la profesora muy furiosa.
—Perdón miss, pe...pe...pero —tartamudee poder dar explicación alguna, aunque siempre he dado explicaciones sin sentido y ahora las palabras se asentaron de la boca.

—.Por favor. —Le suplique mirándola fijamente a sus lindos ojos agrandados, en cuanto la desesperación invadió mi mente por completo.

—Está llegando cuando ya estamos culminando, pero... —dudó mirándome fijamente y con mucha seriedad —.Está bien, pasa —manifestó riéndose de manera sarcástica.

Cuando ingresé todos se pusieron en pie, me saludaron como si fuese alguna docente, se rieron de mí tirándome papeles picados. No puede evitar tener cólera y dolor, lloré como una niña y salí sin decir nada; estaba ahíta que siempre me traten de ese modo.

Después de un momento sentí a alguien frente a mí, presentía sus manos acariciar mi cabello. Al oír su voz instantáneamente se dibujó su rostro en mi mente. Era Mattias, el chico más lindo del colegio y el más amable también, ha sido mi mejor amigo de toda la vida; desde que nos

trasladamos a vivir a Cajamarca, pero ahora me dedicado a ignorarlo. Creo que porque dice que debo dejar mi pasado, y así seguir con mi vida y también dice que tengo que aprender a ganar como perder, sin embargo no es tan fácil como él dice y experimentarlo en carne propia es diferente.
A veces parece que nuestra alma está atropellada y pide auxilio; un grito que se muestra a través de lágrimas o sonrisas fingidas. Somos humanos y lo que sentimos lo demostramos de algún modo.

— ¿Cómo estás? —Dijo sentándose junto a mí —.Por qué saliste de clase.

—Le pregunté con la voz tan baja que no fue capaz de escucharme; no puede hablarle más fuerte, parecía como si estuviera con una cuerda en el cuello y apenas se pueden escuchar mis gemidos.

—Vine acompañarte. —Anunció con una voz tan calmada, esa voz era la que a veces me brindaba tranquilidad y paz que mi alma necesitaba.

—Creo que regresaré a mi casa
—Aseguré poniéndome en pie
—.Odio las ciencias y hoy tendremos examen, además no he tenido tiempo para estudiar, tengo miles de problemas internos que sanar como para estudiar algo que no aprobaré.

—Golpeé la pared con gran fuerza, pero no sentí dolor alguno.

Aún me pregunto cómo cambiamos simultáneamente de pensar, tienes un problema y se acelera el corazón y empiezas a centrarte en eso. Lo brindas tal poder a tu mente que es capaz de dominarte. Eso es lo que me sucedía, puse mis problemas en primer lugar. Olvidé quién era, nunca pensé que perderme había sido tan fácil; lo complicado estaba en recuperarme.

—Jovencitos, qué hacen fuera del salón. —Preguntó el profesor de ciencias.
—Salimos de clases, lo que pasa es que Kathleen se sentía un poco mal y quería hacerle compañía. —Explicó Mattias.

El profesor se quedó en silencio leyendo con la mirada el examen que tenía entre sus manos y yo quedé observando de reojo dichoso examen.

—Vaya realmente odio las ciencias y creo que nunca aprobaré, pensé mientras bajando la mirada.

De inmediato la alarma sonó sinónimo de cambio de curso.

—Pueden pasar. —Nos ofreció el docente Williams, comenzando a repartir

los exámenes.

Apenas puedo ver el examen, vi las letras salirse del papel a la carpeta, tengo la cabeza dando vueltas, parece que tengo un poco de temor y mis lágrimas se empiezan a confundir con la lluvia y mi ropa se está haciendo muy pesada, siento la presión de alguien en mi espalda. Apenas puedo ver, la oscuridad ha colmado mi iris. Solamente logro escuchar el caudaloso río, estoy en un viejo puente colgante muy lejos de la ciudad. Amaba este lugar, fue donde jugaba junto a mi hermana cuando era pequeña, donde muchas veces el miedo me consumió por mirar al infinito.

Puedo presentir muchas voces, como si hubiera millones de millones de personas, pero al mirar de un lado a otro sólo me acompaña el miedo, el temor y mis preguntas absurdas.
—Sí miras abajo no podrás hacerlo.
—Escuché decir a una voz susurrarme al oído, pero no entendía que es lo que debería hacer.

—Ok contaré hasta tres. —Dijo otra voz tomando mi mano, lo sentí su mano, era muy áspera y delgada.

—Uno... Dos... Tres... —Contó empujándome al río, pero al mismo tiempo sentí a alguien sostenerme de la otra mano y decirme: "Kathleen, no lo hagas"
Estaba colgada en el cordel, mire quien fue que me había salvado la vida, no había nadie, pero aún en medio de la nada sentía su presencia.

Me ayudó a levantarme y caminó conmigo como media hora. Cuando vi el alumbrado público, de nuevo sentí los pasos de alguien tras mí y esta fue la razón de mirar tras mí.

Me quedé atónita, veo un bus viniendo en mi misma dirección, estoy en la mitad del asfalto...no sé qué hacer.